

ñas, y beber la sangre de una familia! Pero entonces, Rafael, nosotros dos, jóvenes llenos de integridad, de entusiasmo, seríamos cómplices de esa maldad!..... Estoy para preguntar á nuestro capitalista si es hombre de bien.

—¡Ahora no, le dijo Rafael. Cuando esté bien borracho, concluida la cena.

Y los dos amigos se sentaron sonriendo.

La segunda aparición el primer servicio en toda la mansión de augustin. Las damas, á la vez del bello y Camacho, y otros señores que no habian de celebrar la fiesta, se dividieron con profusión verdaderamente real, yinos de Burdeos de Borgoña, blancos y tintos. Esta primera parte del banquete era en todo comparable con la es-

## XII.

posición de una tragedia clásica. El acto entero se efectuó en un salón de baile, cada convidado habia bebido el vino que le correspondia á su capricho de manjara, de condimentos, de vinos; es decir que al recibir los platos de servicio tan magníficos, habianse entablado ya bastantes discusiones. Algunas señoras habian se-

Colocados que fueron nuestros convidados, cada uno contempló por algun tiempo todavía mas corto que el que se requiere para decirlo, aquella mesa, blanca como capa de nieve recién caída, y sobre la cual se elevaban con simetría los cubiertos acompañados de sus blóndos panecillos. Repetían los cristales los colores del arco iris en sus estrellados reflejos; trazaban las bujías fuegos cruzados al infinito; y las viandas colocadas debajo fuentes de plata agujoneaban el apetito y la curiosidad.

Las palabras no fueron muy abundantes que digamos: miráronse los vecinos, y el vino de Madéira circuló.

En seguida apareció el primer servicio en toda la majestad de su gloria. Digno era, á fé mia, del difunto Cambaceres, y estoy seguro que no hubiera dejado de celebrarle Brillat - Savarin. Sirviéronse con profusion verdaderamente Real, vinos de Burdeos, de Borgoña, blancos y tintos. Esta primera parte del banquete era en todo punto comparable con la esposicion de una tragedia clásica.

El segundo acto empezó ya á ser un tantillo charlador. Cada convidado habia bebido su buena pieza, variando á su capricho de manjares, de condimentos, de vino; es decir que al recojer los restos de servicio tan magnífico, habianse entablado tempestuosas discusiones. Algunas frentes pálidas se encarnaban, comenzaban á ponerse purpurinas muchas narices, las caras se encendían, centellaban los ojos. Eran los síntomas precursores de la borrachera, ó digamos su aurora. Aun no salió el discurso de los trámites de la urbanidad; pero escalábanse gradualmente de todas las bocas, mofas, algunos chistes, y empezaba la calumnia á elevar pasito á paso su cabeza sutil y hablaba con voz aguda. Entre todos los concurrentes, algunos hombres de reserva escuchaban atentamente esperando guardar su razon.

Con que, el segundo servicio encontró los espíritus enteramente acalorados. Cada uno comió hablando, habló comiendo, bebió sin atender á la afluencia

de los líquidos, tan radiantes eran, y perfumados, tan contajioso era el ejemplo... Interesado el amor propio del anfitrión en animar sus convidados, mandó avanzar los vinos del Ródano, los vinos rancios y empalagosos del Rosellon; y entonces desencadenados como corceles de posta al salir de su posada, todos nuestros hombres instigados por las picantes flechas del vino de Champaña ansiosamente aguardado, y sobre todo profusamente deramado, dejaron galopar su espíritu por entre el espacio de aquellos raciocinios, que nadie escucha, pusieronse á contar aquellas historias á las cuales todo sobra escepto oyentes, y reempezaron cien veces aquellas interpelaciones que se quedan incontestables, porque nadie quiere responder á ellas... Sola la orjia desplegó su grande voz, su voz compuesta de cien confusos clamores que iban engrosandose como los crescendo de Rossini... Vinieron en seguida los brándis insidiosos, las baladronadas, los desafíos. Y lo que es mas, todos renunciaban á envanecerse de su capacidad intelectual, para reivindicar la capacidad de las botellas, de los toneles y bodegas. No parecia sino que cada uno tuviera dos voces...

Llegó un momento en que los criados sonrieron, porque todos los amos daban órdenes á un mismo tiempo.

Pero esa mezcla de palabras, en la cual las paradojas dudosamente luminosas, las verdades grotes-

camente vestidas entrechocáronse al traves de los gritos, las decisiones, las bobadas, como se cruzan en medio de un combate las bombas, las balas y la metralla, hubiese sin duda interesado algun filósofo, por la singularidad de los pensamientos, ó sorprendido á un político por la peculiaridad de los sistemas. Era un libro y un cuadro á la par.

Las filosofías, las relijiones, las morales que de una latitud á otra son tan diferentes, los gobiernos y por fin todos los grandes actos de la humana intelijencia, cayeron bajo una guadaña tan larga como la del Tiempo; y acaso se hubiese visto uno embarazado para decidir si era manejada por la sabiduría embriagada, ó por la embriaguez sabia y perspicaz.

Arrastradas aquellas inmajinaciones por una especie de tempestad, parecian tener el intento de trastornar todas las leyes, entre las cuales las civilizaciones flotan, limitando á la mar contra sus diques irritada, satisfaciendo de este modo sin saberlo la voluntad de Dios, que en toda la naturaleza dejó el bien y el mal siempre en frente el uno del otro, reservándose el misterio de su combate eterno. Tan furiosa y burlesca la discusion fué, que se asemejaba á un *sabado* de las intelijencias. Mas, habia entre las tristes ironías pronunciadas por aquellas criaturas de la revolucion, y entre las conversaciones de los bebedores celebradas en el

nacimiento de Gargantua (1) habia digo, todo el abismo que separa el siglo xvi, del xix; aquel preparaba con burlas una destruccion, y nuestro siglo se reía en medio de los escombros...

¿Como llamais al jóven que está allí abajo?... dijo el notario señalando á Rafael. Sino me engaño le he oido apellidar *Valentin*...

— Ola! á que venís ahora con Valentin á secas, señor notario. Sabed, continuó sonriendo, que no somos ningun bastardo, y que aquí donde le veis tenemos el honor de mirar al descendiente del emperador *Valens*, soca de los Valentines, fundador de las ciudades de Valencia en España y en Francia, heredero lejítimo del imperio del Oriente... y si dejamos á Mahamud que truene en Constantinopla, no es mas que por nuestro buen consentimiento, á falta de dinero ó de soldados...

Y con el tenedor describió en el aire una corona sobre la testa de Rafael.

Recojióse por un instante el notario, y en seguida pusóse de nuevo á beber, dejando escapar un jesto auténtico por medio del cual parecia confesar que le era imposible reunir á su clientela las ciu-

(1) Alude el autor á la obra del tan célebre Rabelais, en la cual pintó las costumbres de su siglo, con los mas chocantes sarcasmos, acelerando por su profunda mordacidad la caída del ignorantismo metódico, ó absurdamente científico de la edad media.

dades de Valencia, de Constantinopla, Mahamud, el emperador *Valens* y la familia de los Valentinés.

La destruccion de aquellos hormigueros, llamados Babilonia, Tyro, Cartago ó Venecia, siempre aplastadas bajo los pies de un gigante que pasa, no es por ventura una advertencia dada por alguna potestad que se complace en burlarse del orgullo del hombre? dijo un periodista, especie de esclavo comprado para sermonear con énfasis á tanto por linea.

— Moises, Sylla, Luis XI, Richelieu, Robespierre y Napoleon son tal vez un mismo hombre que reaparece de vez en cuando como un cometa en los espacios!... respondió Rafael.

— ¿A que bueno sondear la providencia? dijo un fabricante de baladas.

— Vamos, cata ahí la providencia!... exclamó el juzgador interrumpiendole. Yo no conozco nada en el mundo que sea tan elástico.

— Pero señores, mas hombres ha hecho perecer Luis XIV para construir los aqueductos de Maintenon, que no la Convencion para establecer las contribuciones justamente, para poner unidad en la ley, nacionalizar la Francia y dividir los patrimonios en partes iguales!... decia un jóven que pasára á ser republicano; por faltar una sílaba delante su apellido.

— Caballero, le contestó un propietario, vosotros

que tomais la sangre por vino, ¿esta vez dejareis á cada uno la cabeza sobre sus espaldas?

— ¿Que importa?... ¿Son por ventura de poca monta los principios del orden social? Los hombres y los sucesos son nada; en politica y en filosofia no hay mas que ideas y principios, y solo á ellos debe atenderse!...

— ¡Que ideas! ¿Con que no os importaria un bledo el matar á vuestros amigos por un *sisté*?...

— Pero vos ignorais, que solo á un hombre de remordimientos puede considerarsele malvado, pues que concibe en algun modo la virtud; mientras que Pedro el grande, Pizarro, el Duque de Alba eran sistemas, y el corsario Monbar una organizacion...

— Si, pero, ¿no puede desentenderse la sociedad de vuestros sistemas, y de vuestras organizaciones?...

— Oh! en cuanto á eso, bien, exclamó el republicano.

— Y aun vuestra estúpida república me dá casi diarrea; No puede uno cortar con tranquilidad un capon sin dar con la ley agraria!...

— Tus principios son excelentes, mi republicano relleno de manjares exquisitos!... Pero el mal está en que la aplicacion de tus principios me trae á la memoria lo de mi ayuda de camara; tan cruelmente poseido está el bribonzuelo de la manía limpiatoria, que si le dejaba cepillar mis vestidos á su

talante, andaria en cueros, pues que de tanto quitar el polvo destruiria la sustancia.

— Sois unas bestias!... Quereis limpiar una nacion entera, con medios superficiales!... replicó el hombre de la república. Tan insensatos sois, que con vuestras razones declarais ser mas peligrosa la justicia, que los ladrones!..

— Hé! hé!... dijo un procurador.

— Jesus! y cuanto me desagradan con su política!

— Cerrad la puerta.—Todas las ciencias y las virtudes del mundo, no valen una gota de sangre. Si ecsamináramos atentamente las cosas, y la liquidacion de la verdad hicieramos, me parece que se hallaria en quiebra!..

Ah! sin duda hubiese costado menos divertirnos en el mal, que disputarnos en medio del bien... Asi es que yo diera todos los discursos pronunciados en la tribuna desde el principio de nuestras constituciones, por una trucha, por un cuento de Perrault, ó un pastel de Charlet...

— Teneis razon.—A ver esos espárragos....—Porque al fin todo bien considerado, tengo para mi, que la libertad enjendra la anarquía, la anarquía conduce al despotismo, y el despotismo, vuelve á traernos la libertad. Han perecido millones de seres para alcanzar el sólido triunfo de uno y otro!... Quien nos dice que no sea este el círculo vicioso, por el

cual dará siempre vueltas el mundo moral? Cuando el hombre cree haber perfeccionado, se observa despues que no ha hecho mas que mudar las cosas de sitio!

— Oh! oh!... exclamó un vodevilista, en ese caso señores, echo un brindis á Carlos X, padre de la libertad!...—Porque no! dijo un periodista. Cuando hay el despotismo en las leyes, hallareis la libertad en las costumbres, y *vice versa*.... Bebamos pues á la imbecilidad del que tanto poder nos dá para con los imbeciles!...

— Pero al menos Napoleon nos dejó gloria en grande! dijo muy militarmente un oficial de marina que nunca saliera del depósito de Brest.

— Ola! aqui tenemos la gloria! Vaya una mercaderia... tan triste mercaderia, que se paga muy cara, y no se guarda!... No es antes el egoismo propio de los grandes hombres, como la felicidad es propia de los tontos?...

— Señor mio, sois bien dichoso!

— El primero que inventó los fosos y las paredes, era sin duda un hombre flaco, pues que la sociedad no aprovecha mas que á la jente débil... El salvaje y el pensador como que están colocados en las estremidades del mundo moral, tienen igual horror á la *propiedad*.

— Bravo! exclamó el notario, sino habia propiedades, como podriamos hacer actos? —

— ¡He aquí unos guisantes deliciosamente fantásticos!...

— Y al día siguiente encontraron al cura muerto en su cama.

— ¡Quién habla de muerte?.. Fuéran chanzas, que tengo un tío...

— Sin duda os resignaríais á perderle.

— Esto por escusado se calla.

— ¡Escuchadme!... Señores! *Modo de matar á su tío*: chit! (Escuchad.) Tened primeramente un tío grueso y gordo, septuajenario al menos, esos son los mejores tíos... Hacedle comer bajo un pretesto cualquiera una empanada de hígado seboso...

— ¡Ay! mi tío es un hombre alto, seco, sóbri y avaro...

— ¡Ah! esos tíos son mónstruos que abusan de la vida...

— Y dijo el hombre de los tíos, continuando su discurso: anunciadle durante su digestión la bancarota de su banquero...

— ¡La voz de la Malibrán ha perdido dos notas!..

— No señor...

— Sí señor.

— ¡Oh! ¡oh! — Si y no. — Esta es la historia de todas las disertaciones religiosas, políticas y literarias... El hombre es un volatin que baila sobre un precipicio...

— ¿Con qué á vuestro entender yo soy un necio?

— Si os obstináis en ello, os diré que lo sois porque no me entendeis...

— La instrucción! bella patarata. Mr. Heineffettermach ha calculado que la suma de los volúmenes imprimidos pasa diez mil millones, y cuando se considera que la vida del hombre no permite leer ni aun cincuenta mil!... Que me expliquen entonces lo que significa la palabra *instrucción*..... Para unos consiste la instrucción en saber el nombre del caballo de Alejandro, del dux *Berecillo*, de Tabourot señor de los Acuerdos, y de ignorar el apellido del hombre á quien debemos el flotaje de la madera por los ríos, ó la invención de la porcelana. Para otros, ser instruido, consiste en saber quemar un testamento y vivir honradamente, considerados y distinguidos, en vez de robar un reloj en recidiva, con las cinco circunstancias agravantes, y venir á parar en la plaza de la Gréve, en el cadalso...

— ¡Lamartine quedará!...

— ¡Ah el talento de Scribe es incontestable...

— ¡Y Victor Hugo?...

— Es un gran hombre, y se acabó.

— ¡Estais borrachos!...

— La consecuencia inmediata de una constitución es la disminución de las inteligencias... Artes, ciencias, monumentos, todo queda devorado por un terrible sentimiento de egoísmo, nuestra lepra actual... Vuestros trescientos ciudadanos sobre sillones